

## **Relato testimonial de una tarde de viernes junto a una familia ortodoxa estricta**

«Era la tarde de un viernes de verano en un barrio residencial de las afueras de una gran ciudad americana. Las casas no eran muy grandes, pero estaban todas bien cuidadas y rodeadas de árboles plantados y podados con esmero. En todos los jardines los aspersores automáticos estaban en marcha, lo que explica que el césped circundante estuviera tan verde y lozano. Era un vecindario de judíos ortodoxos y el Sabbat estaba a punto de comenzar.

Varios grupos de hombres y niños se encaminaban a pie hacia la **sinagoga**, ataviados con sus mejores galas de Sabbat. A pesar del calor, vestían chaquetas oscuras y pantalones largos y llevaban la cabeza cubierta con un pequeño bonete o bien con un gran sombrero negro. La mayoría de los hombres llevaba barba y los flecos blancos rituales les asomaban por fuera de los pantalones. En la procesión se encontraba también el **rabino**, espléndido con su sombrero negro y su brillante caftán, llevando a sus dos hijos de la mano.

Mientras tanto, las casas bullían de actividad. Incluso en la casa del rabino zumbaban los secadores de pelo, los niños gritaban y pataleaban y había un soniquete constante de pies corriendo de un lado para otro. La impresión general era de urgencia; si había una llamada telefónica debía ser inmediatamente devuelta, pues, según la ley judía, una vez que comience el Sabbat el teléfono debe quedar en silencio. En el comedor la mesa estaba puesta para veinte personas y, en la cocina, dos mujeres no judías se encargaban de los preparativos para la cena. Después aparecieron repentinamente todas las mujeres judías de la casa. La mujer del rabino, su madre y su hermana iban exquisitamente vestidas y llevaban las cabezas cubiertas con pelucas cuidadosamente peinadas. La ley judía establece que las mujeres casadas deben llevar cubierta la cabeza y en muchas comunidades ortodoxas ya es casi una tradición que las mujeres se sirvan de una peluca para cumplir este mandamiento. Había también tres niñas pequeñas con largos vestidos de fiesta y tres niños pequeños, dos de los cuales no eran más que bebés.

También estaban invitadas una anciana rusa, su hija y su nieta. Había llegado a Estados Unidos desde San Petesburgo ese mismo día y el rabino las había invitado de inmediato a pasar el Sabbat en su casa. Ninguna de ellas hablaba una palabra de inglés, pero con ellas había acudido otra mujer rusa que llevaba ya un año en el país. Había también una periodista inglesa que estaba escribiendo un libro sobre la comunidad judía de la ciudad. De todas las mujeres presentes ella era la única no ortodoxa pero, por respeto a sus anfitriones, había cubierto totalmente su pelo con un gran pañuelo.

Las mujeres encendieron las velas del Sabbat y pronunciaron en hebreo las bendiciones tradicionales: “Bendito seas, Dios nuestro Señor, Rey del Universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos has ordenado encender las luces del Sabbat”. Debía haber unas treinta velas y la mesa resplandecía cuando los hombres volvieron de la sinagoga. “¡Buen Shabbos, buen Shabbos!” dijeron a las mujeres. Otros se dirigían recíprocamente el saludo hebreo más puro -Sabbat Shalom-, buen Sabbat. Además de todos los maridos había también varios sobrinos y una pareja de jóvenes estudiantes rabínicos de la **Yeshivá** (academia talmúdica) local.

El rabino tomó asiento en una de las cabeceras de la mesa y su suegro en la otra. Todos los hombres presentes, uno después de otro, fueron pronunciando la bendición sobre

una copa de vino. Las canciones de Sabbathas dirigía el yerno más joven y sólo cantaban los hombres. De acuerdo con la más estricta interpretación ortodoxa de la ley judía, va en contra de la ley que los hombre escuchen cómo cantan las mujeres, de modo que éstas se sientan en silencio y disfrutan de la música. A continuación, se sirvió la comida.

Fue un auténtico banquete: había *gefilte* (empanadillas) de pescado, sopa de pollo, pollo asado, pollo empanado, pollo dulce, *kugel* (puddín) de manzana, *kugel* de patata, *kugel* de cebolla y una inmensa ensalada de tomate y pepino. Toda la comida era estrictamente **kasher**. El pollo había sido sacrificado ritual y humanitariamente por un carnicero cualificado. La ley judía sobre la comida decreta que la leche y la carne no deben servirse juntas y, por tanto, dado que se trataba de una cena de carne, no se sirvió ningún producto lácteo y el postre consistió en un helado sin leche. Las mujeres rusas se sorprendieron al saber que existía tal cosa.

Fue una cena muy, muy larga. La mujer del rabino, junto con su madre y hermana, se dedicaban a servir a los hombres y apenas pasaron un rato sentadas. Entre tanto, las dos mujeres **gentiles** se encargaban, en la cocina, de fregar y de sacar aún más comida del horno mientras continuaban los cantos masculinos. Cuando ya era imposible comer nada más, se cantó la oración de gracias tradicional de después de la comida.

Finalmente, todos se dispersaron. La periodista, que vivía al otro lado de la ciudad, estaba invitada a dormir en al casa, pues en Sabbath está prohibido cualquier desplazamiento motorizado. Ella y su marido se sentaron a charlar con el suegro del rabino, un personaje muy interesante. Había crecido en un hogar medianamente ortodoxo y había estudiado en la Universidad de Harvard. No obstante, después de su matrimonio había decidido ofrecer a su familia un estilo de vida puramente judío. Era padre de siete hijos y dos hijas, todos ellos ya mayores y casados, y tenía más de treinta nietos. Profesionalmente hablando, le había ido bien en el negocio familiar, por lo que, junto con su esposa, había construido y financiaba dos pequeños institutos judíos, uno para chicos y otro para chicas. También había contribuido a otras numerosas causas judías. De hecho, si esta comunidad en particular había prosperado había sido, en muy buena parte, gracias a su dedicación y a su iniciativa.

A las diez y media las luces parpadearon. Como en la mayoría de los hogares ortodoxos, la iluminación se regulaba automáticamente por medio de un temporizador. Uno de los diez mandamientos prohíbe trabajar en Sabbath y muchos siglos después de que se redactara este mandato los rabinos decidieron que encender un fuego era una forma de trabajo; su moderno equivalente, encender y apagar la luz eléctrica, cayó también bajo esa misma prohibición. Era la hora de irse a la cama, pero el Sabbath aún no había terminado. Todo el día siguiente, hasta después de la puesta de sol, debía dedicarse a la oración, a la fraternidad, a la comunidad y a Dios. El séptimo día de la semana, el Sabbath, el día de descanso ha sido uno de los más grandes regalos que el pueblo judío ha hecho al mundo”

Cohn-Sherbok, Dan (2001). **El judaísmo**. Madrid: Editorial Akal.